

# NOTAS

## COOPERACION INTELECTUAL CATOLICA

Es una de las anomalías de nuestro hemisferio, que mientras la mayor parte de las poblaciones de lengua española y portuguesa pertenecen a la Iglesia Católica, o activa o pasivamente, y un número extraordinario de instituciones funcionan en todas las repúblicas con el fin de fomentar y estimular el catolicismo, no existe que sepamos, absolutamente ningún órgano, ninguna agencia que cuide de las relaciones normales y necesarias entre las intelectualidades católicas de los diversos países. El estado de ignorancia en que yacen nuestras naciones no es menos que deplorable. Si bien es verdad que entre las intelectualidades en general existe una mútua incomprensión que ya raya en total desconocimiento, más todavía es el hecho que rara vez ni siquiera conocemos en otro país el nombre de un literato, de un historiador o de un investigador católico. Mientras los elementos de vanguardia se mantienen estrechamente ligados, gracias a un sinnúmero de medios, nuestras gentes viven amuralladas de una forma tal que el catolicismo parecería ser obra y labor nacional y no universal. Es una patente contradicción, que pertenecientes a la institución más universal que se ha conocido, somos, en América por lo menos, más herméticamente encerrados que cualquier otra agrupación o tendencia. Huelga insistir en las desventajas evidentes de semejante actitud. En un tiempo en que todos los valores están sujetos a ataque, a agresión gratuita o sistemática y la lucha se arreceja en torno a las eternas verdades que predica la Iglesia, los intelectuales en América que comulgan en la misma doctrina, apenas se mueven para ponerse en contacto mutuamente, para fortalecer por este medio la posición que asumimos y robustecer en los puntos más frágiles la resistencia necesaria. Solamente mediante un esfuerzo personal considerable se puede llegar a saber más o menos lo que se está haciendo en el resto de Hispano América. Unos ejemplos bastarán para demostrar la verdad de este aserto.

En el Brasil desde hace algunos años atrás viene desarrollándose un movimiento católico de reivindicación digna de todo elogio. El resurgimiento católico brasilero se ha manifestado en una multiplicidad de fases. Con el famoso Centro D. Vital en Río de Janeiro, y sus filiales en otras partes de la república, un movimiento activo de Acción Católica, especialmente intelectual, se ha iniciado. La prensa brasilera de tendencia católica responde a esta iniciativa. Hay aquel periódico excelente, editado por el príncipe de las letras católicas brasileñas, Alceu de Amoroso Lima, llamada *A Ordem*, que refleja fiel-

mente el catolicismo brasilero e internacional. En Recibe, en el norte, merece una mención especial una revista de proporciones modestas, pero de contenido formidable. *Fronteiras*, cuyos directores son Manoel Lubambo y Vicente do Rego Monteiro. Lucha este órgano con denuedo por el tradicionalismo, por el orden y por la jerarquización social. Contiene en cada número material de primera importancia, que bien merecería ser traducido al castellano o al inglés. En Sao Paulo, en Belo Horizonte y en otras partes del Brasil se evidencia la misma tendencia de revitalizar el catolicismo, convertirlo en instrumento de combate y de reforma social. Sacerdotes y laicos al igual participan en este grandioso movimiento de la reintegración del catolicismo como fuerza viva en la nación. Basta recordar nombres como Jonathas Serrano, Leonel Franca, Luis da Camara Cascudo e infinidad de otros para percatarse de la honda significación de este resurgimiento. ¿Y qué se conoce en la América española? Absolutamente nada. Todavía no se ha traducido libro alguno de la pluma de Amoroso Lima, quien escribe bajo el seudónimo de Tristao de Athayde. Los estudios acuciosos y ponderados del jesuita Franca todavía no se han difundido en la América que habla castellano. Es hora que conozcamos en el resto de nuestro hemisferio lo que se está realizando en el Brasil y lo que significa la lucha que mantienen nuestros correligionarios en aquella inmensa república. Si pasamos a los países hispanoamericanos, hallamos una situación análoga. Revistas católicas de valor incuestionable como *Criterio* de Buenos Aires no se conocen en las Antillas ni en Centro América. La feliz iniciativa de la Universidad Católica de Chile de crear un Instituto Católico de Cooperación Intelectual merece la más fervorosa adhesión de todos los intelectuales que ostentan una ideología católica y tradicionalista en nuestros dos continentes. Grandes instituciones como las Universidades católicas de Chile, del Perú y la Javeriana de Bogotá han de desempeñar un papel de importancia primordial en la difusión fuera de sus respectivos países de las ideas católicas. No ha de continuar el hecho de que rara vez en una revista de nación determinada se ve un escrito de pluma extranjera. Las fronteras católicas no existen. La universalidad que distingue a la doctrina y el dogma de la Iglesia ha de traducirse en acción cultural que desconozca las limitaciones artificiales que imponen las nacionalidades. Y máxime cuando se trata de un hemisferio de cultura relativamente homogénea.

Si lo que afirmamos respecto al Brasil en particular es verdad, mayor es el mutuo desconocimiento entre norteamericanos e hispanoamericanos. En primer lugar el hecho de la existencia de veinte millones de católicos en Estados Unidos es desconocido. Este núcleo de la sexta parte de la población entera de aquel país, influye poderosamente en todas las esferas de su vida. La vida católica norteamericana encierra lecciones de enorme provecho para el resto del hemisferio. Cuando el Dr. Manoel de Oliveira Lima donó a la Universidad Católica de América en Washington su preciosa colección de obras hispanoamericanas, lo hizo con la advertencia de que había de servir de centro para un movimiento tendiente al acercamiento cultural de las dos Américas a base de su afinidad religiosa.

En el orden de la compenetración de los pueblos, aún no se ha utiliza-

do el instrumento más eficaz imaginable, la comunidad espiritual de la tradición y la creencia religiosas. Cada nación, necesariamente, posee sus facetas, sus aspectos y su diversidad de tendencia. Estados Unidos, aunque nación preponderantemente no-católica, incluye, no obstante un núcleo de primera importancia que profesa la fé católica. Este núcleo ha mantenido su unidad religiosa a través de un número considerable de instituciones de enseñanza superior, de colegios y de entidades culturales. Entre la intelectualidad católica norteamericana, rodeada de elementos de criterio diverso y obligada al combate como sector minoritario y los pensadores y escritores hispanoamericanos de tendencia católica, ha de existir una afinidad, evidente a todas luces. Hasta ahora falta el medio para el acercamiento. Urge el conocimiento en el sur de los grandes valores intelectuales de la catolicidad estadounidense: Carlton Hayes, Agnes Repellier, Parker Moon, Robert Lord, Michael Williams, John LaFarge, Fulton Sheen, John Ryan y otros muchos que en los campos de la historia, la filosofía y las letras combaten denodadamente como católicos, en defensa de los intereses vitales de la Iglesia. La prensa católica norteamericana, aunque nueva y todavía en sus comienzos, revela interesantes potencialidades. Revistas como *The Commonwealth*, *America*, *The Catholic Historical Review* y muchos más llevan la responsabilidad de la defensa católica desde el punto de vista histórico, social y económico. En Estados Unidos, sobre todo, el catolicismo vigorizado por las exigencias de la vida febril de la nación, asume una posición de combate frente a las cuestiones sociales que agitan el país. He aquí una de las manifestaciones más interesantes y más alentadoras de su acción. En cuestiones de las relaciones entre obrero y patrono, el derecho a la huelga, el salario mínimo y otras tantas, la Iglesia Católica se ha definido a través de portavoces de reconocida solvencia intelectual. En el campo del proselitismo, hay mucho que aprender de Estados Unidos. La Hora Católica en la radio en muchas ciudades, las bibliotecas ambulantes, los colegios, la *Catholic Truth Guild* y la labor fecunda de los Padres Paules, son evidencias de esta actividad incesante en bien de la fé y de las almas.

El Canadá es país donde las distintas manifestaciones de Acción Católica son extraordinarias. Especialmente en aquellas provincias donde el catolicismo prevalece preponderantemente debido al número mayor de canadienses de origen francés. En Quebec, en Ontario y en las llamadas provincias marítimas, la labor social e intelectual de la Iglesia es digna de la consideración más seria del resto de América. Tres grandes universidades, las de Laval, Montreal, y Ottawa constituyen los centros intelectuales de la catolicidad. En Montreal la organización de Acción Católica es una de las más escrupulosas y efectivas que se puede encontrar. La prensa católica en el Canadá, especialmente en lengua francesa, sustenta con vigor y gallardía la posición vital de la Iglesia frente al mundo contemporáneo. En junio del año en curso se celebró en Quebec, bajo los auspicios de la Universidad de Laval un congreso de la lengua francesa que fué no solamente una reafirmación racial y lingüística, sino también una manifestación gigantesca de catolicismo.

La trágica lucha que sufre el pueblo mexicano ha despertado probablemente mayor eco entre los católicos de los otros países. Sin embargo, la li-

teratura sobre el problema, publicada fuera de México o por mexicanos deserrados es exigua. Los grandes aspectos del problema han sido enfocados; ciertas nociones básicas han sido difundidas y algún criterio ha podido formarse acerca de la realidad mexicana. No obstante, la cuestión no ha suscitado la honda preocupación entre los intelectuales católicos en el resto de América que merece el caso. México es, después de todo, el país donde se lucha la gran batalla del izquierdismo y el derechismo en nuestro hemisferio. En otras partes sólo se han sentido ecos de la contienda. La solución de la cuestión mexicana ha de afectar en lo más hondo la suerte de la Iglesia en toda América. Si bien es verdad que el problema mexicano es más agudo y más escabroso, no es menos verdad que la Iglesia ocupa una posición crítica en numerosos países americanos. Aunque no de abierta persecución, en Colombia, la Iglesia Católica se halla frente a una solución sumamente dudosa para la legítima defensa de su interés. ¿Qué hace la intelectualidad mexicana en su propia defensa? Una visita a México revela las múltiples actividades que desarrolla no solamente el clero que lucha contra toda clase de impedimento, sino los laicos, que por medio de revistas y propaganda combaten el socialismo y reafirman la fé de los fieles. Ultimamente el número de revistas de verdadero valor ha aumentado notoriamente, entre ellas, *Christus*, el órgano del clero mexicano; *Abside*, revista de cultura y algunas más. Entre los laicos mexicanos de recia contextura intelectual se hallan Alfonso Junco, Mariano Alcócer, etc.

Desde luego que una labor de acercamiento ha de ser cosa de seriedad absoluta y de seriedad a toda prueba. Falta a los católicos imponerse por el mérito de su labor. En algunas partes la prensa católica se lee por los fieles no porque sea buena, pues no lo es, sino porque es católica. La prensa católica ha de aspirar a ser leída por los que no profesan la fé común. Ha de imponerse por su indiscutible mérito, a pesar de su tendencia. Lo mismo puede decirse de la producción intelectual en general. Demasiado mucho se queja de que la actitud de la Iglesia no se ha presentado en forma adecuada; que se desconoce su historia, su doctrina social y su actualidad. Es natural hasta que tengamos para la lengua española casas editoras que publiquen obras católicas de peso y de autoridad, hasta de erudición. Todo está por hacer, canje e intercambio de publicaciones, traducciones de un idioma a otro, intercambio universitario, conferenciantes visitantes, casas editoras. Es una inmensidad de labor que ni siquiera se ha comenzado.

El problema es de una urgencia alarmante. Si en América aspiramos a que haya una reacción como en Europa; si vislumbramos un Chesterton, un Belloc, un Maritain, un Gemelli o un Karl Adam, seguramente se ha de hacer solamente cuando la intelectualidad católica americana se universaliza, se internacionaliza, se deja de estrecheces provincianas y hasta nacionales. En un día en que todo el mundo está afiliado a alguna internacional, es hora que la primera y más fundamental de todas las internacionales, la Santa Iglesia Católica reciba el concurso moral e intelectual de sus fieles.

Richard PATTEE.  
Universidad de Puerto Rico.